

LA SEMANA SANTA DE LOS AÑOS 60 Y 70 EN GÉRGAL

La Semana Santa en Gérgal se vivía de forma parecida a la de otros pueblos andaluces y españoles en los años de lo que podemos llamar segundo franquismo, que comprende desde los primeros años de la década de los sesenta del pasado siglo XX, cuando el régimen inicia un proceso de apertura al exterior, hasta mediados de los setenta en que muere el dictador Franco. Es en esta época cuando la Iglesia inicia un proceso aperturista a la sociedad según las directrices del Concilio Vaticano II, que entre las principales novedades destacaba la forma de celebrar la misa en castellano y de cara a los fieles.

Hagamos un poco de historia para comprender la situación de esta época: El régimen franquista lo había pasado muy mal al declarar a España en la Conferencia de Postdam (1945), amiga de las potencias del Eje (Alemania e Italia), perdedoras de la contienda mundial, negándole por ello su entrada en la ONU y retirando a los embajadores de nuestro país. Se vive la peor etapa de la posguerra, hambre y miseria para muchos españoles, el régimen resiste como puede en la autarquía, con sus pobres recursos económicos, y el aislamiento internacional. Mientras, los españoles exiliados esperaban que el régimen cayese para poder volver a España. Por suerte para el régimen y para desgracia de los republicanos exiliados, comenzó en la Conferencia de Yalta (1945), la Guerra Fría, o enfrentamiento de los dos bloques ganadores de la II Guerra Mundial (EEUU y la URSS). En 1953 los Estados Unidos le facilitan a Franco la salida del aislamiento internacional a cambio de instalar sus bases militares en suelo español y nuestro país empieza a ser reconocido en los organismos internacionales. Franco se aparta entonces de los falangistas y los sustituye en el gobierno por los tecnócratas del Opus Dei. A partir de aquí empezó la recuperación económica, los Planes de Desarrollo y el turismo como principal fuente de ingresos.

Volvamos a la situación religiosa. En España, en los años del primer franquismo (desde el final de la Guerra Civil en 1939 hasta principios de los años sesenta) la religión se vivía desde la imposición de la autoridad, porque en pueblos pequeños como el nuestro, el alcalde, la Guardia Civil y el cura eran quienes tenían la autoridad, ya que el Estado era confesional católico y la Iglesia era uno de los pilares del Alzamiento Nacional que se había sublevado contra la II República española. En esta situación las prácticas religiosas, por lo menos, había que aparentarlas y tener una buena reputación moral católica para estar bien considerado en la sociedad.

Hay un antes y un después del Concilio Vaticano II en la forma de vivir la religión. En los años sesenta, se relajan un poco las costumbres morales y religiosas, y aunque había que guardar las apariencias, ya no existía ese control férreo de la población por parte de la Iglesia. Esta manera de vivir la religión y más concretamente la Semana Santa, se fue diluyendo o suavizando en la segunda parte de los setenta y principios de los ochenta, en los años que conocemos como la transición hacia la democracia.

La Cuaresma -significa cuarenta días de preparación para la Semana Santa o fiesta de Pascua- empieza después del Carnaval -que aunque estaba legalmente prohibido

durante el franquismo, se celebraba a escondidas- y llega hasta el Jueves Santo, antes de la celebración de la misa de la Cena del Señor. El Miércoles de Ceniza terminaba el Carnaval con el Entierro de la Sardina. Este día íbamos a misa, los niños con el maestro y las niñas con la maestra, para la imposición de la ceniza, que consistía en una cruz sobre la frente que te hacía el cura con el dedo pulgar impregnado de ceniza a la vez que decía “Polvo eres y en polvo te has de convertir”. Los niños y niñas mostrábamos orgullosos esta señal y no nos la lavábamos durante este día, y muchas veces desaparecía por sí sola. El Miércoles de Ceniza era día de ayuno (comer una sola comida al día) y abstinencia (no comer ningún alimento preparado con carne), al igual que el Viernes Santo, y todos los viernes de Cuaresma eran días de abstinencia. Estábamos tan mentalizados que también guardábamos la vigilia el Jueves Santo y los demás días de la semana hasta el Domingo de Resurrección que se levantaba esta prohibición. Las personas humildes, que eran la mayoría, cumplían con este precepto, aunque muchas se planteaban que por qué a los ricos se les concedía la bula que les permitía poder comer carne pagando una cantidad de dinero al cura y éste los apuntaba en un libro, cosa que los pobres no podían hacer. El Jueves y Viernes Santo, además de la abstinencia, también se practicaba el ayuno, que consistía en no comer nada hasta las tres de la tarde. El potaje de Semana Santa de garbanzos con bacalao y panecillos era la comida que tomábamos en casi todos los hogares -menos los que no tenían para hacerlo- los viernes de Cuaresma y días principales de Semana Santa. Cuando entraba la Cuaresma se tapaban todas las imágenes de los Santos, en sus hornacinas o retablos, con unas telas moradas y así permanecían mientras duraba. Era costumbre también hacer todos los viernes de Cuaresma el Vía Crucis en la iglesia y siete días antes del Viernes de Dolores se le rezaban las novenas a la Virgen.

El Viernes de Dolores -el anterior al Domingo de Ramos- marcaba la entrada a la Semana de Pasión. En este día se daban las vacaciones para que nos fuéramos preparando para vivir la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús de Nazaret, es decir, la Semana Santa. En la actualidad no cambia el proceso de celebración de esta fiesta religiosa cristiana, lo que sí cambia es la forma de sentirla y vivirla para la mayoría de las personas, pues no viene impuesta por el Estado y la Iglesia, que en aquella época iban de la mano. Ahora, los creyentes, los no creyentes, los que profesan otra religión, los ateos, los agnósticos, etc. en esta semana tienen la libertad de elegir cómo vivirla, sin que se lo impongan y tengan que guardar las apariencias de recogimiento y pena que se transmitía a la sociedad.

El Domingo de Ramos era el primer día de celebración. En Gérgal, a los niños nos mandaban por la mañana a coger ramas de los olivos para llevarlas en la procesión de la tarde, claro que los niños y niñas de los señoricos, es decir, de los considerados de mejor condición social, porque económicamente tampoco estaban para tirar cohetes, sí tenían en su casa una palma, pues las palmas llegaban al pueblo para la procesión, pero, aunque sea feo decirlo, se repartían a los señoricos y personas de cierta influencia o poder, que eran los que las portaban en el recorrido procesional. He querido indagar al respecto y me han informado que era el Ayuntamiento el que se encargaba de este reparto y es posible que fuera pagándoselas cada uno. Creo recordar que en alguna ocasión salía una borriquilla con “Jesucristo” montado sobre

ella, no sé si era el mismo cura u otra persona el que lo representaba. A mediados de los años setenta ya estaban más relajadas las obligaciones religiosas y las palmas se repartían a todos los asistentes sin distinción de clases en la Ermita de San Sebastián, que era de donde partía la procesión. Estas palmas se adornaban y se conseguían obras de artesanía, se trabajaban las hojas hechas tiras en labores con rizos y se les colocaban lazos. Había verdaderos artistas en el oficio que se superaban año tras año. Se colocaban sobre los balcones, al igual que las palmas que no se adornaban y allí estaban todo el año. Los niños también jugábamos con las palmas haciendo anillos, piñas y otras artes pequeñas con las hojas de palma que conseguíamos de la familia o de las amistades.

La Semana Santa se vivía intensamente todos los días, pero el Lunes, Martes y Miércoles Santos no había en la Iglesia actos religiosos extraordinarios que congregaran a la parroquia. Lo que sí había eran confesiones individuales y sus correspondientes penitencias por las que todos teníamos que pasar para prepararnos para el Jueves Santo, ya que dentro de las obligaciones que se contraían en la Semana Santa estaba el pasar por el confesionario para contar los pecados al cura. A veces venían otros curas o misioneros para ayudar en esta tarea y nos preparábamos para poder comulgar en estos días. Las penitencias consistían en rezar un número determinado de Padrenuestros, Avemarías, Salves, Credos... según la gravedad de los pecados y según lo condescendiente que fuera el cura que te escuchaba en el confesionario. En la radio y en la televisión, que estaba en sus primeros años de andadura, se suspendían los programas musicales, las canciones y todo lo que pudiera manifestar fiesta, alegría, humor o diversión. Se ponían películas religiosas como Ben Hur, Los Diez Mandamientos, etc., música clásica y religiosa, y la carta de ajuste (pantalla fija). La juventud no podía celebrar bailes con tocadiscos como se solían hacer los domingos y festivos en algún bar, salón público o casa particular. Los muchachos estos días solían divertirse en el bar, jugando a las cartas o tomándose unas copas charlando con los amigos. Las chicas, sin embargo, se quedaban recatadas en sus casas porque en aquellos tiempos no estaba bien visto que las mujeres salieran solas a divertirse y menos en los bares. La juventud prefería que hubiera procesiones y misas porque en aquellos años las chicas tenían su tiempo libre muy controlado por su condición de mujeres y la forma de ver al chico que les gustaba o a los chicos con los que se relacionaba era en estos actos religiosos, sobre todo en las procesiones, en los que siempre había alguna oportunidad para hablar con ellos o simplemente verlos.

El Jueves Santo era uno de los días grandes de la Semana Santa y del calendario religioso anual, por algo hay un dicho que dice: "Tres jueves hay en el año que brillan más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el Día de la Ascensión". Este día se conmemora la institución de la Eucaristía en la Última Cena de Jesús y la consagración de los santos óleos. Dentro de los oficios del día tiene especial relevancia el Lavatorio de pies que realiza el sacerdote recordando el gesto que Jesús realizó con sus discípulos antes de la Última Cena. Para ello se convocaban a doce jóvenes en una lista que se ponía en la puerta de entrada a la Iglesia. También se colocaba otra lista donde estaba todo el pueblo para velar al Señor durante la noche del Jueves Santo y la mañana del Viernes Santo hasta las tres de la tarde en que muere el Señor. Esta lista se

hacía por turnos de horas y favorecía a los señóricos y a las personas mejor consideradas socialmente, en el sentido de que las horas más difíciles de la madrugada se le adjudicaban a los trabajadores del campo y a los jóvenes, mientras que a los señóricos se les ponía a media mañana del Viernes Santo. Las mujeres y las chicas tenían el turno por la tarde-noche del Jueves Santo y mañana del Viernes Santo hasta las tres de la tarde.

El Jueves Santo había una procesión por la tarde, después de los oficios, en la que salía la imagen de Jesús, al que llamábamos el Padre Jesús, y la Virgen, a la que llamábamos la Dolorosa. La imagen de Jesús llevaba la túnica morada con un cordón atado a la cintura y era polivalente, es decir, el Jueves llevaba en las manos un cáliz y el Viernes Santo se le colocaba la cruz sobre el hombro. La imagen de la Virgen es la tradicional de los Dolores, con corona y un manto negro con estrellas bordadas. Por la noche había otra procesión en la que salía el Padre Jesús con el cáliz. Se hacía con mucha devoción y todas las mujeres llevaban religiosamente sus velas encendidas y rezaban en voz alta. A esta procesión le llamábamos del Silencio porque Jesús esa noche la pasó meditando en el Huerto de los Olivos de Jerusalén.

En las procesiones se llevaba un orden, primero iban los acólitos con una cruz guía en el centro y dos ciriales o candelabros altos con velas. Los acólitos generalmente eran niños voluntarios que iban a la Sacristía y se les daba uno de los trajes que había, pero también había algunos acólitos que solían ser fijos y eran los que principalmente ayudaban en misa tocando la campanilla, llevando las vinagreras, llevando el incensario en la procesión, ayudando en la procesión para llevar el orden, tocando las campanas, etc. El vestirse de acólito estaba muy solicitado y muchos niños acudían a la Sacristía, donde estaban los trajes, para pedirlo. Los niños se mostraban muy orgullosos de salir en la procesión con esta vestimenta que consistía en una túnica de color y una camisola blanca de cuello grande y mangas anchas con bordados. Después de la cruz de guía y los ciriales comenzaban las dos filas o hileras de la procesión, primero los niños y niñas, a continuación las mujeres con velas, y seguidamente los hombres. En el centro iban las andas con las imágenes o santos que llevaban los hombres sobre los hombros, las autoridades y una escolta de la Guardia Civil con traje de gala y fusiles.

Una costumbre muy arraigada en la sociedad era que muchos hombres no entraban a los actos religiosos y se quedaban en la Glorieta (Plaza de la Iglesia) fumando un cigarro y charlando o en el pórtico de entrada, porque a los hombres se perdonaba esta falta de asistencia, sin embargo las mujeres tenían que no solamente ser devotas sino también aparentarlo y tenían que estar dentro del templo. Conforme transcurrían los años sesenta y setenta, cada vez más había más hombres que se quedaban en los bares jugando a las cartas o bebiendo un vaso de vino y charlando.

En los actos religiosos de la Semana Santa y en otras festividades había un grupo de jóvenes, matrimonios y solteros, que formaban el coro para cantar en la misa y otros actos litúrgicos. Se colocaban en la parte trasera superior de la iglesia, frente al altar en

un nivel superior, en el lugar conocido también por el Coro, al que se accedía por unas escaleras y se acompañaban de un órgano que allí había.

El Viernes Santo era otro de los días grandes. Este día es el único del año en que no se celebra misa para expresar el luto por la muerte del Señor. Prácticamente todo el pueblo iba a la Iglesia, incluso había muchas personas que llevaban sillas porque los bancos de la Iglesia estaban llenos. Comenzaba a las tres de la tarde para hacerla coincidir con la crucifixión y muerte de Cristo. Este día el cura se ponía el bonete (gorro de cuatro picos) y se dirigía al pueblo desde el púlpito con el Sermón de las Siete Palabras que dijo Jesús en la cruz antes de expirar. El púlpito estaba situado en la parte izquierda mirando al altar adosado a la primera columna, era de madera, a un nivel superior, al que se accedía por una escalera y tenía un techo en forma de sombrero o tornavoz. Todos los presentes al sermón y algunos que estaban fuera también, porque se escuchaba en todo el pueblo por los altavoces del campanario, vivíamos intensamente el dolor y la pasión de Cristo. Después de la muerte de Jesús, a las tres de la tarde, ya no se hacía la consagración y el sagrario permanecía abierto y vacío, las velas apagadas y no se tocaban las campanas de la iglesia ni la campanilla de ayudar a misa que se sustituía por la carraca. También se hacían las catorce estaciones del Vía Crucis alrededor del interior del templo donde estaban colocadas en cuadros representativos de la Pasión y Muerte de Jesús.



Salida del Entierro del Señor la tarde del Viernes Santo de 1992

Al terminar estos actos religiosos se celebraba una procesión la tarde del Viernes Santo con El Señor Muerto o Entierro, que es una imagen del cadáver de Jesucristo en una urna funeraria de cristal. También salía en la procesión el paso de la Dolorosa. Por la noche, después de cenar había otra procesión a la que llamábamos de la Soledad en la

que salía la Dolorosa, que llevaba en su corazón el dolor y la amargura de su Hijo muerto.

El Sábado Santo o Sábado de Gloria se celebraba por la noche la Vigilia Pascual, que es el acto central de la Semana Santa y del año litúrgico. En este acto se produce la Resurrección de Jesucristo, que simboliza el triunfo sobre el pecado y la muerte. Se enciende el Cirio Pascual que representa a Cristo resucitado, permaneciendo todo el año en la iglesia. También se da la bendición anual del agua bendita y la bendición del aceite para la unción de los bautizados y de los enfermos. A este acto asistía un buen número de feligreses, pero algo menos que a los actos y procesiones del Jueves y Viernes Santos.

Una vez resucitado Jesucristo y celebrada la Vigilia Pascual, los jóvenes comenzaban los preparativos para la Noche de los Huesos que era como se llamaba a la noche del Sábado Santo al Domingo de Resurrección. Esta noche los jóvenes se agrupaban por pandillas para colocar huesos de animales muertos (bestias, ganado, perros, zorros...) en la puerta de la casa, en la ventana o en el balcón de las muchachas por las que tenían algún interés, más bien por fastidiar que por otra cosa. Estos huesos se buscaban en las afueras del pueblo y en el campo, y cuando se aproximaban estas fechas ya se tenían ojeados y localizados. También se colocaban en las fachadas de las solteras de mayor edad, que solían presentar mayor dificultad porque se pasaban la noche acechando para que no se los colocaran, llegando a tirar agua sucia y otros líquidos malolientes a los jóvenes que lo intentaban. En los primeros años sesenta y anteriores había más dificultad en esta empresa porque la Guardia Civil montaba una pareja o dos de vigilancia y con órdenes de llevar al cuartel a los que cogían con las manos en la masa. La noche se la pasaban los jóvenes dando carreras de un lado para otro y los guardias detrás de ellos jugando al ratón y al gato. La estricta vigilancia o la permisividad dependía del teniente que mandaba el puesto de la Guardia Civil. Recuerdo de mi pandilla, formada por adolescentes, algo menores para participar en esta aventura de los huesos, que teníamos la ventaja de que uno de los amigos era hijo de un guardia civil y sabíamos por él los planes y movimientos que iban a hacer aquella noche.

Los jóvenes más maduros y expertos no solo colgaban huesos sino que montaban espectáculos donde la diversión estaba asegurada como subirse en un carro tocando el acordeón. Claro que estos jóvenes contaban con el beneplácito del cura, que incluso llegaba a participar con ellos en algunas juergas, y es posible que también en éstas, y con la influencia y poder que tenía la Iglesia en el régimen, los guardias civiles le guardaban obediencia y respeto. Con el paso de los años se fue poniendo cada vez más de moda el quitar macetas de los balcones y fachadas para ponerlas adornando la Plaza Nueva. También se quitaban las persianas de las ventanas y balcones y se colgaban de los olmos de la plaza, así como toda clase de objetos que encontraran a mano. Esta costumbre supuso que al llegar esta noche los vecinos retiraban de sus fachadas y balcones todo lo que estuviera en peligro de ser sustraído. No obstante siempre había alguien que se descuidaba o pensaba que su balcón o terraza estaban muy altos para que les quitaran algo.

Esta costumbre o tradición, según los mayores que recuerdan tiempos anteriores, se basaba en los Ramos de flores que los jóvenes ponían en la puerta o fachada de la novia o muchacha que pretendían. Con los años esta tradición se fue degenerando por la de colgar huesos, y así pasó de ser un regalo muy deseado y admirado, a una burla o cachondeo que servía de risión a todo el pueblo cuando la mañana del Domingo de Resurrección se contemplaba en la procesión de Jesús Resucitado que salía al amanecer. Duraba generalmente muy poco el espectáculo porque la familia que tenía en su puerta semejante “obsequio”, se daba prisa en quitarlo, pero siempre quedaban algunos huesos colgados durante toda la jornada y días posteriores.

En las últimas décadas del siglo pasado, años 70, 80 y 90, esta costumbre o tradición degeneró cada año más en actos vandálicos. En la primera década del presente siglo XXI, y en este año 2011, parece ser que ha ido decayendo este vandalismo, por fortuna, y no hay tantos destrozos en el mobiliario urbano, como señales de tráfico cambiadas de lugar, y vehículos atravesados y trasladados de sitio con golpes y desperfectos. Debido a este problema, todos los vecinos por la tarde o al anochecer del Sábado Santo tienen que quitar las persianas, las macetas y todo lo que pueda estar al alcance de los jóvenes incontrolados que han confundido la tradición con el vandalismo. Y los vecinos que tienen su coche aparcado en la calle, tienen que buscar sitio en alguna cochera de un familiar o amigo, o llevárselo a otro pueblo o anejo, porque dejarlo en la calle es un riesgo muy grande y no pueden dormir tranquilos pensando en los daños o desperfectos que le pueden hacer a su coche. Pero, como hemos dicho, gracias a Dios, en los últimos años han ido a menos los destrozos y se va suavizando el problema.

El Domingo de Resurrección, más conocido por nosotros como Domingo de Pascua, es un día de inmensa alegría para la religión cristiana y como tal se celebraba en nuestro pueblo. Al alba tocaban las campanas para llamar a la procesión de Jesús Resucitado y la de su madre la Virgen María que sale a su encuentro y se abrazan entre la alegría y el aplauso de los presentes en la Plaza Nueva. Estos dos pasos, el del Cristo Resucitado y la Virgen con manto azul salen de la iglesia por dos itinerarios distintos. Se formaban, por tanto, dos procesiones, la de la Virgen en la que se aglutinaban la mayoría de los jóvenes, por ser más informal, debido a que el cura iba en la de Cristo Resucitado, que lógicamente era más ordenada. La de la Virgen al salir de la Iglesia echaba por las calles de arriba, a paso ligero, y la de Cristo Resucitado tiraba por la Calle Llana, a paso normal. La primera, como hemos dicho, era más desenfadada y los chicos y chicas tenían ocasión de gastarse bromas y de divertirse un poco, sin embargo, la segunda era más solemne y formal. Las dos procesiones iban calculando el tiempo para encontrarse en la Plaza Nueva. En la Calle Llana que forma también la Plaza, en la parte central, se alzaban las andas e inclinaban para que la Virgen abrazara a su Hijo resucitado entre aplausos. De allí volvían las dos imágenes en una sola procesión a la Iglesia. A continuación se decía la misa que era el final de los actos litúrgicos de la Semana Santa y el cura deseaba a todos los presentes que pasasen un buen día celebrando la Resurrección de Cristo.

Para los gergaleños y gergaleñas, que habían cumplido religiosamente con sus deberes, llegaba un día de diversión grande, uno de los mejores del año, por no decir el mejor. La costumbre era que todas las familias se iban de merienda -se llamaba así a salir de excursión- a un paraje donde hubiera una fuente y unos árboles con sombra para pasar el día, comiendo, bebiendo, jugando, bailando... Los jóvenes también salían en pandillas si los dejaban sus padres y era una ocasión única para tener un poco más de acercamiento con las chicas, en especial si ya eran novios, medionovios o le habían echado el ojo a alguna. Se llevaban un tocadiscos y se armaba un baile al estilo de la época, es decir, en plan guateque, con sus canciones rápidas para bailar suelto y sus canciones lentas para bailar agarrao. La mayoría de la gente se iba preferentemente a la Fuente de Juan Gómez, en la Rambla, por encima de Las Aneas, donde había agua abundante y prados donde aposentarse en la alameda de los Espinares y otras contiguas. Allí se hacía una lumbre para la comida. Como se podía comer carne, lo normal era llevar conejos o pollos de corral para hacer una fritá o un arroz. Para ir a las Aneas, cuando escaseaban los coches, había que ir andando por la Rambla, mejor con una bestia para llevar la carga. Cuando los coches fueron proliferando, este lugar se hizo el más concurrido. También muchos años se hicieron bailes en la placeta del Bar de Juan Alcalde en las Aneas, unas veces con tocadiscos y otras con acordeón. Como hemos dicho antes, había familias y pandillas, que no contaban con vehículos, e iban a otros lugares más cercanos a Gérgal, como El Carril, que tenía una fuente que caía a la balsa, o Maleguilla (también tenía fuente), u otros parajes de la Rambla, o a cortijos donde pasar a gusto este día tan especial.



Merienda de varias familias amigas el Domingo de Pascua en la Alameda de Juan Gómez

Y ésta ha sido la narración de cómo recuerdo haber vivido la Semana Santa de Gérgal. Por supuesto, que al ser una visión personal, hecha a base de las imágenes que uno tiene grabadas en su memoria, es muy subjetiva y susceptible de tener fallos o errores, pero creo que puede servir para hacerse una idea de cómo se vivían estos días en aquellos años 60 y 70 del siglo pasado.

Juan López Soria